

Algunas imprecisiones sobre la poesía*

Norman Paba¹

Universidad de Cartagena

Resumen

La poesía es un acto tan o más poderoso que el asesinato. Poesía es sublimación, misterio y revelación, encuentro y cruce ineludible de lecturas. Este mundo está lleno de magnífica poesía, pero mi intención en estas líneas es clarificar ideas en torno a lo que considero un escritor. ¿Qué hace y por qué un buen puñado de *estos* son preferibles a toda la literatura que se escribe actualmente? Me gustaría definir lo que en el acto de escribir es tan imprescindible como el solo respiro. Considero en estas líneas que la literatura es un oficio de solitarios, y todo escritor, si quiere por lo menos un par de logros decentes, debe estar completamente seguro de que deberá estar solo. Todo lo anterior con base a esa mirada profunda que tienen otros poetas iluminados acerca de la creación literaria como forma de vida.

Palabras clave: literatura, poesía, lenguaje, creación, belleza.

Resumen

Poetry is a fact that could be as powerful as, or perhaps stronger, than murder. Poetry is also sublimation, mystery and revelation, encounter and link of mandatory readings. This world is full of great poetry, but my intention is to clarify ideas in relation to what I consider a writer: what are contemporary writers doing and why a bunch of them is better than the whole literary work that is written in the current moment. I would like to start by defining what the act of writing is as necessary as breathing. I consider in this lines that literature is a work for lonely people, and that every writer, if he/she wants to be successful, at least in a couple of his/her work, might be by himself. All that I have previously mentioned comes from a deep examination to the poets categorized as illuminated and the idea they had about the literary creation as a life style.

Key words: literature, poetry, language, literary creation, beauty.

* Some imprecise matters: about poetic creation.

Recibido: Enero, 2011 - Aprobado: Marzo, 2011.

¹ Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena. e-mail: nadanuevoquedecir9@hotmail.com

No se puede escribir literatura como si ya no hubiera una literatura anterior. No se puede deshonrar a los muertos y luego fingir que se descubre la poesía. Hay en la verdadera literatura un acto de contundente honestidad creadora, de misterio y de inevitable revelación; pero también un arduo trabajo y un entrenamiento constante. Porque no existe arte sin holocaustos, el verdadero escritor tiene que aprender a separar el texto bien escrito de la obra maestra. La escritura de todo poema es un inevitable acto de amor y de fe que se justifica por sí solo. Casi siempre es un acto de amor desesperado y suicida, llevado hasta las últimas consecuencias.

La poesía es misterio y revelación, encuentro y cruce ineludible de lecturas. Porque los escritores son ante todo lectores, pero no todo lector es inmediatamente un escritor. Cortázar, por medio de Horacio Oliveira, en *Rayuela* (1963), nos habla de libros desencadenadores, capaces de motivar la lectura de otros textos y de generar en el lector nuevas perspectivas respecto al mundo y a su concepción del arte. Mi primer libro desencadenador fue *Trópico de Cáncer* (1934), de Henry Miller. Tenía yo 15 años. En un momento de sus páginas el narrador recorre las calles, hambriento y enfermo de gonorrea, desesperado como solo puede estarlo un escritor en ciernes bajo la lluvia de París. Pero su cabeza gira, obsesiva, en torno a su obra. Puede robar o trabajar o curarse, pero el hambre y la enfermedad pasan a un segundo plano; su literatura ocupa su última esperanza, lo que él tenga que decir no lo dirá su cuerpo podrido, ni su conciencia torturada: lo dirá el manuscrito que celosamente guarda entre sus manos, mojado por el rocío y de algún modo bendecido por la belleza.

Después de leer esto quedé francamente deslumbrado y pensé inmediatamente que ese era el camino, que por allí iba la cosa. Esa imagen me pareció reveladora: el tipo aplastado por la mierda que sacrifica su cuerpo en pos de su obra. Yo *la* parafraseo horrible, pero el maestro que es Miller me hizo despertar por primera vez al compromiso. Era un mártir y de la hoguera de su cuerpo florecía la literatura misma, esa que es honesta, que galopa entre generaciones y ojos, entre sensibilidades y sexos, entre actitudes y voluntades. Algunos años después, recuperándome de una pelea en un bar, con un ojo vendado, la nariz rota y hematomas adornándome como negras flores de odio, comencé a leer *Sexus* (1949), el primer libro de la trilogía de *La Crucifixión Rosada*. Nuevamente el poder de Miller me embrujó de principio a fin. Supongo que leerlo en ese estado era ya de por sí un homenaje, quizá inconsciente durante aquella convalecencia, pero ahora totalmente claro y revelador a lo que una vez comprendí de ese momentáneo, pero infinito lugar de su libro.

Si algo detesto es adoctrinar conciencias, o creer que a partir de mi experiencia puedo iluminar sonrisas alrededor. Eso es patético. Tanto como sentarse y creer con los ojos desbordantes de adoración casi orgásmica que otro ha abierto una puerta inexpugnable o tiene un secreto tan gigantesco y asquerosamente cierto que necesita ser contado. Eso es despiadada mediocridad. Si piensas de esa manera, estás de antemano deshabilitado para el feroz viaje de la literatura. Todo poema es unidad autosuficiente, objeto único, cuya manera de ser abordado y creado es prácticamente intrasmisible, incomunicable. En la poesía no hay secretos ni fórmulas. De haberlas, todos los poemas del mundo serían iguales. La poesía es un acto individual de creación y perplejidad. La poesía, como el sexo y la experiencia mística, es intraducible a dos o tres recetas (lo que nos queda es el respiro o su impresión, y la sola exhalación; lo que nos queda es el temblor post-coito y esa absoluta sensación de haber volado).

Hay una definición de Emily Dickinson que, en grandiosa inocencia y fuerza, nos ofrece una visión abrumadora: “Si leo un libro y ello me deja el cuerpo entero tan frío que ningún fuego puede calentarme, sé que eso es poesía. Si tengo la sensación física de que me arrancan la tapa de los sesos, sé que eso es poesía. Estas son las únicas maneras que conozco” (citado por De Ory, 1940: 4). En todo caso, lo mejor es no tomar ninguna de las cosas aquí dichas al pie de la letra, aunque sean hermosas. Los poetas suelen mentir. Ojalá ahoguen en fuego este manuscrito antes que sus retinas encuentren el punto final. Es muy probable que mañana piense de otra manera, pero también es preciso mantener algunos puntos fundamentales en mi visión global de la poesía y la literatura.

Como he dicho, o he intentado decir, mi intención no es dictar leyes ni motivar a nadie. Mi intención (si es que hay alguna) es clarificar ideas en torno a lo que considero un escritor: qué hace y por qué un buen puñado de *estos* es preferible a toda la literatura que se escribe actualmente. Yo por mi parte trato de no leer poetas vivos, exceptuando alguno que otro iluminado. La verdadera lucha es con los muertos que han sabido pelear contra el tiempo devorador de todo, excepto del verdadero arte. El tiempo tiene un gusto excelente.

Considero que el poeta solo es poeta mediante la poesía, que *está* atrapado en ese título gigantesco, mientras la poesía toma posesión de su cuerpo y de su voz. Por lo demás, es solo otro hombre común y corriente que come, caga y duerme. Entonces no hay necesidad de mirar arriba y recibir consejos. Nadie puede darlos. Tampoco hay necesidad de tanto entusiasta de la literatura a medio minuto del Nobel –eso abunda en este lugar que se ufana de ser país de poetas–.

Lamentablemente, no hay celdas ni mazmorras para meter a tanto payaso, y creo que seguramente alguna que otra ONG de derechos humanos denunciaría el asesinato sistemático del ridículo. Esa clase de ratas están protegidas por la suerte de la época.

Ha habido poetas, es cierto, pero los que quedan actualmente son contados. Cualquier persona con dos dedos de frente y medio ápice de sensibilidad sabe que eso es una triste mentira para justificar festivales insulsos, con poetas aún más malos salidos de los más recónditos lugares, donde solo habita la pésima escritura. Y ni hablar de las lecturas de “poesía”. Me hacen recordar a Bukowski cuando dice que Dios creó mucha poesía pero hizo muy pocos poetas. La belleza abunda, y eso es algo que dos o tres o mil castrados espirituales no comprenderán jamás. No hay que ser un genio para hallar: se siente como se siente la cercanía de una mujer hermosa, como sientes el mar, como sientes el beso de la brisa en agosto. Sólo basta recordar la frase que Borges (1977) atribuye a Browning en su conferencia en el Teatro Coliseo de Buenos Aires: “¿Qué es la poesía?” “Cuando nos sentimos más seguros sucede algo. Una puesta de sol. El final de un coro de Eurípides. Y otra vez estamos perdidos” (43). Robert Browning, te agradezco esta certeza: es un golpe y una hermosa amenaza.

Por otro lado, no estoy en contra de los talleres de literatura. Supongo que no es cuestión de pensar, sino de corroborar que la actual literatura norteamericana debe su fuerza, y gran parte de sus nuevos talentos, a los estudios de grado y postgrado que desde muchas universidades impulsan la escritura creativa. Raymond Carver, Junot Díaz y Denis Johnson son sólo tres elocuentes ejemplos. En todo caso, siempre hay que tener presente que la literatura se hace en soledad y todo escritor, si quiere por lo menos un par de logros decentes, debe estar completamente seguro de que deberá estar solo. Los talleres de literatura sirven en la medida en que perfeccionan tu talento, pero un mal escritor que asiste a un taller seguirá siendo un mal escritor luego de salir de allí. No hay truco en eso. Yo mismo he conocido algunos fanchos que están en cuanto mierda existe y supongo que su “literatura” es inversamente proporcional a sus esfuerzos, y por qué no, a sus egos: desafortunados mecanismos de defensa.

En todo caso, pienso que el taller fundamental es la noche. Huyendo de las balas y de las putas frenéticas y sus navajas. Para mí no es posible alejar la poesía de la sensación de peligro que esta entraña. Me recuerdo caminando las calles, con la rumba viva a dos o tres días después de comenzada, metido en callejones sin ninguna esperanza y de repente suena una canción de Pink Floyd en el cielo y todo se

inunda de música y yo respiro cada cosa que existe y arde. Recuerdos así me hacen comprender que el paranoico ángel de la poesía me persigue con celo, envenenándome de belleza cautiva. Hay poesía sin poemas. Paisajes, personas, hechos tan salvajemente brillantes y hermosos que suelen ser poéticos. Poesía que no se viste de poema. Poesía travestida de vida.

Aquí es imposible dejar de lado el poema 23 de Alejandra Pizarnik (2000), en *Árbol de Diana*:

Una mirada desde la alcantarilla
puede ser una visión del mundo
la rebelión consiste en mirar una rosa
hasta pulverizarse los ojos.

(3)

Para mí la poesía es un acto tan o más poderoso que el asesinato. Poesía es también sublimación. Sábado, en una de las conversaciones con Borges, realizadas entre diciembre de 1974 y marzo de 1975, dice un dato que me parece interesante: menciona a Shakespeare y arguye la posibilidad de que el escritor inglés haya dado especial importancia en sus obras a los crímenes y asesinatos para no tener que cometerlos. La poesía es la verdadera rebelión. Siempre he tenido en cuenta una frase de García Márquez, que encontré como epígrafe en un capítulo de una novela genial de José Sbarra (s.f), *Marc, la sucia rata*: “El mundo sería igual sin literatura. En cambio, estoy convencido de que sería completamente distinto si no existiera la policía. Pienso, por tanto, que habría sido más útil a la humanidad si en vez de escritor fuera terrorista” (45). Esto hay que ponerlo en una placa encima del escritorio y tenerlo presente para nunca olvidar: más hubiera ganado el mundo si, en vez de libros, hubieras puesto bombas en cuarteles de policía. La literatura no es para guevones, o se escribe o se destroza perros masturbadores del orden. Lo que hagas, hazlo hasta las últimas consecuencias. Y recuerda que:

Es derecho de nosotros, los poetas,
estar en pie ante las tormentas de Dios,
con la cabeza desnuda.
para apresar con nuestras propias manos el rayo de luz
del Padre, a él mismo.
Y hacer llegar al pueblo envuelto en cantos
el don celeste.

(5)

Ten siempre presente a Hölderlin. Entiende también que, aunque seas bueno, ya existe Artaud clarividente y que también Rimbaud respiró y luego nos enseñó que se puede ser grande y darle la patada en el culo a la Belleza e irse a comerciar armas a Abisinia (en lo posible se debe comerciar armas o personas, o drogas). Saint-John Perse restituyó de plenitud y sentido al vértigo; y claro, René Char, el poeta combatiente que practicaba el arte de las emboscadas bajo los negros cielos de la Segunda Guerra Mundial, volvió visible el misterioso significado perdido de cada palabra. Eres solo una llama que se arroja al incendio gigantesco de la noche para iluminar el mundo, o lo que queda de él.

Los poetas nacen, crecen y mueren; los verdaderos poemas permanecen más allá de las vidas (Hay un poema de Charles Bukowski que, de manera más dramática, y tal vez patética y por qué no más lúcida, lo dice. No lo mencionaré aquí inmediatamente; lo dejaré al final, para quien quiera leerlo). Este mundo está lleno de magnífica poesía escrita. Pienso en Ezra Pound, en su lucidez abismal, aislado primero en una jaula en Pisa y luego encerrado en el manicomio de Santa Isabel, a las afueras de Washington. Pienso en sus *Cantos* y en *Personae*, en el movimiento imaginista, en su libertad y su revitalización del lenguaje simbólico, en su gran amigo y discípulo T. S. Elliot. Pienso en toda la poesía posterior a ellos, en el hecho de que leerlos significa olvidarlos inmediatamente, exorcizarlos del cuerpo con Dylan Thomas, con Ginsberg, con Silvia Plath (así funciona con Hemingway y Faulkner: leer uno hasta la ceguera y luego recuperar la vista paulatinamente con el otro).

Si tienes influencias, no las insultes lanzándolas como putas baratas en los textos. Escribe hasta depurarlas, hasta que te sangren los dedos. La voz propia es apenas un resultado inevitable del proceso. En todo caso, hay que trabajar duro, constantemente. Decían que Flaubert duraba una tarde quitando una coma y la tarde siguiente poniéndola. No hay necesidad de publicaciones prematuras, ni siquiera hay necesidad de publicaciones. Hablando de Flaubert, recuerdo que Raymond Carver menciona en una entrevista –“De qué hablamos cuando Hablamos de minimalismo” es su título–, que durante los primeros trámites de publicación de *Madame Bovary*, el novelista fue instado por los editores a cambiar el contenido de algunas hojas y a cercenar otras. Él se negó. Los editores amenazaron con cancelar todo. Él respondió que podían seguir siendo amigos, pero que había aprendido a diferenciar perfectamente el negocio literario de la literatura. Esto es una gran enseñanza. Imaginen un mundo con *Madame Bovary* censurada por el miedo, el pudor y el dinero. Ante esto prevaleció la voluntad creadora del escritor, la honestidad última

del verdadero artista. El mundo editorial está saturado de poetas mediocres, de novelistas perdidos, de vendedores de almanques con pretensiones de inmortalidad. Piensa que si no vas a dar arte, mejor harías dedicándote a cualquier otro trabajo. No te maltrates ni maltrates la Belleza; sé digno y enfrenta la derrota en silencio. No hagas de tu miseria un estruendo de hojas y no hagas el ridículo de esos farsantes embebidos en trances pseudomístico-narcisistas que tildan a la poesía como refugio y la declaran salvadora de sus inútiles culos. La poesía, como Hölderlin nos enseñó, es un oficio peligroso. Es mirar los ojos de la bestia y perderse. Si quieres salvación, compra un revólver. Si quieres salvación, comienza a orar. La poesía, si es honesta, sólo debe salvarse a sí misma.

Respetar sobre cualquier cosa al lenguaje, ya que el poeta se debe a éste. El lenguaje es lo que queda después de la conflagración primordial. Las palabras hay que pulirlas, labrarlas, acerarlas: son organismos en estado de perpetuo nacimiento y se entregan al verdadero poeta como símbolo de la unión de éste con su propia naturaleza. Escribir poesía es indagar en el océano de posibilidades plásticas y eléctricas del lenguaje. Las palabras exactas siempre comulgan fuerza y belleza, comunican el mar con el cielo. Siempre he creído que los hombres nacen con un determinado número de palabras. He creído o me he convencido de creer en esto, para cuidarme de no desperdiciarlas en mis textos como si fueran luz desesperada.

No puedo andar escupiendo y balbuceando como cualquier mediocre local. Si vas a decir algo, dilo. Déjate de rodeos. Si el texto necesita que seas extenso, sé extenso; si, por el contrario, el poema se contiene en una corta respiración, no lo fuerces. Lo realmente maravilloso del oficio del poeta es que las mismas palabras se van escogiendo unas a otras. Cuando Borges comenzaba a escribir, ya tenía una idea general del principio y del final, pero él mismo dice en alguna entrevista (y María Kodama lo reafirma en alguna otra) que durante la escritura de sus textos, fueran cuentos o poemas, sentía que cada letra se iba colocando en su lugar, como si hubiese sido escrita desde siempre. Yo estoy de acuerdo con Borges, en esto y en lo implícito de la frase: la poesía es cadencia y ritmo. No en vano Carlos Edmundo de Ory, gigantesco poeta español, vilmente sepultado en vida, decía que el poema no tenía ninguna relación con la novela, que estaba más directamente emparentado con la música. El poema no es una forma literaria; el poema es el lugar de encuentro entre la poesía y el hombre.

También son importantes las cosas que dejamos fuera de los textos, pues siguen implícitas como fantasmas del sentido en ese lugar donde

la intuición se mezcla con la sensibilidad y el placer de la lectura. Es posible tener una idea clara del poema antes de empezarlo (a la manera de J. L. Borges.), o es posible que gritos interiores y silencios dicten el poema (De Ory); pero es también bastante sabido que la corrección de los textos es parte del trabajo arduo, y que durante esta corrección mucho se deshace, se borra, se rompe, se sangra, se pelea. El poema perfecto (una visión del poema perfecto) sería el que contenga el mundo entero, sin esbozarlo. El poema que fuera universo y hermosa sencillez, levedad, fuerza sonora. Magia. Disparo. Noche. Felicidad.

No te preocupes por quién habla en tus poemas. Los temas, si es que dicha cosa existe, te buscan a ti. No dejes que la técnica le gane a la música. No llenes de ruidos inútiles tus versos. No escribas influido por trucos o ingenios que sólo reflejan mediocridad. Hay mucho constructor de artefactos literarios que se oculta tras un par de cosas correctamente escritas, pero ausentes de cojones o de alma. La literatura tibia es asunto del olvido. Lo triste es que sólo podemos llevarnos la satisfacción de haber hecho y dado lo mejor, y la mayoría de estos sujetos mediocres viven entorpeciendo la comprensión de lo que supuestamente aman.

Sólo lee constantemente. Escribe y quema. La poesía es afirmación que reordena el Universo. La poesía se copula continuamente a sí misma y es el resultado de sus propios gemidos. La poesía es adoración ritualizada de la belleza fundamental. Es tormenta contenida en desierto. Es exilio al país de los fuegos perpetuos. Ahora dejemos que hable Bukowski (s.f):

dijeron que Céline era un nazi
dijeron que Pound era un fascista
dijeron que Hamsun era un nazi y un fascista.
pusieron a Dostoievsky frente a un pelotón
de fusilamiento
y mataron a Lorca
le dieron electroshocks a Hemingway
(y sabes que se pegó un tiro)
y echaron a Villon de la ciudad (París)
y Mayakovsky
desilusionado con el régimen
y luego de una pelea de enamorados,
bueno,
también se pegó un tiro.
Chatterton tomó veneno de ratas

y funcionó
y algunos dicen que Malcom Lowry murió
ahogado en su propio vómito
borracho.
Crane se tiró a las hélices
del barco o a los tiburones.
El sol de Harry Crosby era negro.
Berryman prefirió el puente.
Plath no encendió el horno.
Séneca se cortó las muñecas en la
bañera (es la mejor manera:
en agua tibia)
Thomas y Behan se emborracharon
hasta morir y
hay muchos más.
¿y tu quieres ser
escritor?
es esa clase de guerra:
la creación mata,
muchos se vuelven locos,
algunos pierden el rumbo y
no lo pueden hacer
nunca más.
algunos pocos llegan a viejo.
algunos pocos hacen plata.
algunos se mueren de hambre (como Vallejo).
es esa clase de guerra:
bajas por todas partes.
está bien, adelante
hazlo
pero cuando te ataquen
por el lado que no ves
no me vengas con
remordimientos.
ahora me voy a fumar un cigarrillo
en la bañera
y luego me voy a ir a
dormir.

(6)

Bibliografía

- Barone, O. (2007). *Diálogos: Jorge Luis Borges, Ernesto Sabato*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Borges, J. L. (2006). *Borges literal* (Transcripción de las conferencias pronunciadas por Jorge Luis Borges, entre junio y agosto de 1977, en el Teatro Coliseo de la Ciudad de Buenos Aires). Buenos Aires: Umbriático.
- _____. (1977). "Ciclo de conferencias": <http://www.razonesdeser.com/informes3/Sietenoches.pdf> [Consultado el: 17 de Septiembre de 2011].
- Bukowski, C. (sf.). "Manual de combate": <http://hankover.blogspot.com/2008/11/manual-de-combate-by-charles-bukowski.html>. Consultado el: 27 de Septiembre de 2011).
- Capote, T. (1980). *Music for chameleons*. New York: Random House.
- Carver, R. (1997). *La vida de mi padre: cinco ensayos y una meditación*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Norma.
- Chejov, A. (2005). "Consejos a un escritor: cartas sobre el cuento, el teatro y la literatura". Madrid: Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja.
- Cortázar, J. (2004). *Rayuela*. Bogotá: Alfaguara.
- De Ory, C. (1940). "Poesía y Definición": <http://www.infopoesia.net/pdf/Carlos%20Edmundo%20de%20Ory.pdf> [Consultado el: 20 de septiembre de 2011].
- Heidegger, M. (1944). *Hölderlin y la esencia de la poesía*: <http://www.raco.cat/index.php/Convivium/article/viewFile/76281/98533>. [Consultado el 27 de Septiembre de 2011].
- Miller, H. (1965). *Tropic of cancer*. Toronto: Granada Publishing.
- Paz, O. (1994). *La casa de la presencia: poesía e historia*. México: Círculo de Lectores- Fondo de Cultura Económica.
- Pizarnik, A. (2000). *Obra completa*. Selección y compilación Gustavo Zuluaga Herrera. Medellín: Editorial Árbol de Diana.
- Sbarra, J. (s.f). *Marc: La sucia rata*: <http://www.tevoyaatornillar.com.ar/tvaat1/PDF1/JoseSbarra.pdf> [Consultado el 24 de Septiembre de 2011].